

Pasión y herencia...



México D.F. 18 de agosto de 2009

Por: José Luis Cher
([joseluis_df](#))

La que cuento, es una historia personal, plagada de recuerdos, emociones y distancia...

Siempre tuve la ilusión de transmitirle a mi hijo varón, el amor por una casaca y unos colores, la lealtad a una bandera y la fidelidad a una institución. A los veinticinco años, cuando el cuerpo aún presenta el resplandor de la juventud y empieza a vivir los síntomas de la madurez absoluta, yo era un joven ambicioso y soñador, de esos que luchan día a día por ser mejores seres humanos.

Mi vida transcurría sin mayores contratiempos. Hace dos años estaba felizmente casado y la labor que desempeñaba en una empresa multinacional de telecomunicaciones, me daba lo suficiente para tener una existencia desahogada. Sin lujos, pero con las comodidades necesarias para mi familia. La fecha de la inesperada noticia, por sorpresiva mas no por indeseable, la recuerdo muy bien, 21 de septiembre de 1986 (día de la primavera en el hemisferio Sur, de dónde provengo).

En aquella ocasión, abrí la puerta como de costumbre, y de inmediato me encontré con el rostro de mi mujer. Había algo extraño en ella. Sus ojos lucían una rara mezcla de emoción y nerviosismo. Me estaba preparando para preguntarle qué sucedía, cuando llevó su mano derecha a mi boca con la intención de impedir que hablara, me miró emocionada y me anunció que en unos cuantos meses el tamaño de la familia se incrementaría, por segunda vez.

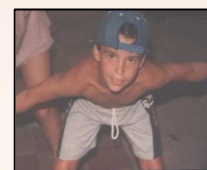
Cualquier posible preocupación propia de la responsabilidad de criar un nuevo niño, se vio emocionada por el inenarrable júbilo que inundó mi corazón. Una vez que la calma volvió a presentarse, dio inicio el extenuante proceso de planeación. Ella, mi esposa, pensaba en cómo transformar el estudio en una habitación acogedora para nuestro nuevo integrante familiar, que, si la naturaleza no nos jugaba una mala pasada, nacería en junio siguiente. Yo, mientras tanto, pensaba infantilmente en comprarle su primer uniforme de fútbol, del equipo de mis amores, claro está.

Pero... ¿Y si era otra niña? Ni hablar, se lo pondría de todas formas. La naturaleza no me permitió convertir a una nueva hija en aficionada al fútbol, pues llegado el día tuve en mis manos a mi único hijo varón.

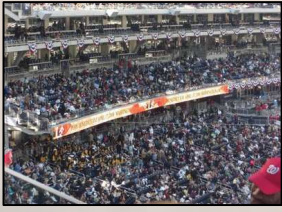


Tuvieron que pasar tres años para que Hernán -mi hijo- acudiera por primera vez al estadio, aunque ya desde antes había tenido cierto contacto con la pelota y con el ambiente propio de los escenarios deportivos. Y cómo no... sí me encargué de dotarlo de diferentes juguetes futbolísticos y gritaba como loco cada vez que un delantero de mi escuadra preferida fallaba frente al arco, lo cual se volvió bastante común durante los primeros años de vida de mi hijo varón.

Ya en poco tiempo, los dos acudimos ataviados con los colores de rigor. Su playera lucía impecable y él tardó más en acomodarse en mis piernas que en ser víctima de Morfeo. Para ser honesto, fue lo que debimos hacer "todos" los que acudimos a presenciar ese partido; el juego fue verdaderamente desastroso, sin embargo, la ilusión de recuperar la grandeza perdida nos mantuvo inútilmente despiertos. ¿Resultado final? Derrota de tres goles a uno. Al despertar, mostró cierta expresión de curiosidad, como si quisiera preguntarme por qué se había perdido. Supongo que lo adivinó, ya que se mantuvo



tranquilo a lo largo del viaje de regreso y permitió que me encerrara en el dolor de esa derrota.



Conforme fue creciendo, la asistencia al estadio se volvió una costumbre. Durante poco más de diez años, él siguió mi ejemplo y adoptó a mi equipo como el suyo. En las pocas ocasiones en las que llegó a poner en tela de juicio la calidad del cuadro poseedor de mi alma, me limitaba a recordarle viejas proezas para ubicarlo en su sitio. No sé si por convencimiento o por simple cansancio, pero terminaba aceptándolo.

Un buen día, la rebeldía marcó una diferencia significativa entre mis deseos y los de mi hijo. Fue un domingo a las diez de la mañana. Toqué la puerta de su dormitorio y espere que saliera listo para asistir a nuestra tradicional “misa dominical”, que en vez de tener a santos y monaguillos como protagonistas, tenía a la pelota y a veintidós jugadores.

Pasé un par de minutos afuera sin recibir respuesta. Lo atribuí al cansancio que pudo haberle ocasionado el salir la noche anterior a una reunión familiar, por lo que suavemente moví el cerrojo, ingresé a su habitación y me acerqué a su cama. Mi sorpresa fue mayúscula cuando observé que estaba despierto y con cara de fastidio. Tardé cuestión de segundos en invitarlo a que se levantara, pero él mantenía esa pose indiferente y arrogante. La terquedad de mi insistencia tuvo un costo muy alto. No me habló molesto ni de forma grosera, por el contrario, lo hizo con la tranquilidad de quien se sabe propietario de la razón. Inició su breve discurso, realizando un recuento sobre los continuos fracasos de “nuestro equipo”. Como respuesta, obtuvo de mi parte, el ya muy gastado recurso de recordar “las maravillosas alegrías del pasado”.



Hernán esperó pacientemente a que terminará mi monólogo y **ganó la batalla** con un solo comentario:

“Estoy cansado de apoyar algo que nunca me ha dado una sola satisfacción. Tú hablas de logros e historia, pero yo llevo más de 10 años intentando asociar tus palabras con la realidad sobre la cancha, y lo único que obtengo son las burlas de mis compañeros. Ve tú al estadio... papá, déjate llevar por la magia de los recuerdos que aún están en tu memoria, pero no me pidas que yo haga lo mismo. No tengo un sólo motivo para pensar que algún día triunfaremos, no tengo manera de relacionar la victoria con una institución que se alimenta sólo de la esperanza y sólo en época de contrataciones y promesas. En donde tú ves historia y prestigio, yo solo veo fracaso y derrotas”.



Asimilé rápidamente sus palabras. Lo dejé sin decirle nada y me fui directo al estadio, donde el aire y el aroma que se respiraba terminaron confirmándome que sí, que urgía el renacimiento, pues las nuevas generaciones se guían por paradigmas diferentes. Solo aceptan el triunfo.

Los mayores, como yo, podemos decir lo que sea, pero es el balón -la famosa pelota- y los resultados de nuestro equipo del alma, es el que se encarga de captar o disminuir el número de aficionados de un equipo de fútbol y sus pasiones.



Hoy, a tantos años de su lógico razonamiento de entonces, lo presiento, lo sé... **a sus hijos** le transmitirá como herencia, esa pasión por la camiseta que no gana todos los días, pero ese sentimiento fiel será parte de su filosofía de vida, como es la mía.

